

«Brasil necesita cambiar».

El cambio como iteración y la iteración del cambio en la elección presidencial de Brasil de 2002*

Francisco Panizza**

INTRODUCCIÓN

El triunfo de Luiz Inácio *Lula* da Silva en la elección presidencial de Brasil de octubre de 2002 invocó la imagen de un cambio radical en la política del país, quizás comparable únicamente con el triunfo de la Unidad Popular de Chile en 1970. Muchos analistas vieron esto como un momento decisivo en la historia política brasileña. Uno de los intelectuales más reconocidos del país, el sociólogo Francisco De Oliveira, describió la elección como un hito comparable solamente con acontecimientos cruciales tales como la abolición de la esclavitud, la proclamación de la República y la revolución de 1930.¹ Otro académico, el historiador José Murilo de Carvalho, reivindicó que la victoria de *Lula* trazó un viraje crucial en la historia republicana del país.² El politólogo Wanderley Guilherme Dos Santos enfatizó que el año 2002 presenció las primeras elecciones decisivas del país, «un realineamiento del

** Department of
Government, The London
School of Economics
and Political Science
✉ f.e.panizza@lse.ac.uk

* Publicado en *The Bulletin of Latin American Research*, vol. 23, n.º 4, Oxford, Blackwell, 2004, pp. 465-482. Agradezco a Benjamín Arditi, Vicente Palermo y dos revisores anónimos por sus sabios y útiles comentarios.

1 «Lula é refundação do Brasil, diz sociólogo», en *Folha de São Paulo (FSP)*, 29 de octubre de 2002.

2 «Entrevista: Dificuldades de Lula serão proporcionais à esperança que criou», en *FSP*, 20 de octubre de 2002.

electorado desde una postura *proestablishment* a una *antiestablishment*».³

Pero en un análisis más riguroso, la naturaleza y el alcance de la victoria de Lula, así como las expectativas populares sobre el nuevo presidente, son más difíciles de establecer que lo que sugieren las alegaciones, imágenes, cifras electorales e incluso la notable historia personal del candidato ganador. Los observadores de la campaña electoral notaron que Lula y el candidato José Serra tenían plataformas electorales similares, ambas centradas en promesas de crecimiento económico, promoción de las exportaciones y creación de más puestos de trabajo. Polemizando con Dos Santos, Luiz Werneck Vianna negó que la elección fuera una puja entre opiniones alternativas sobre el futuro del país y precisó que todos los candidatos convergieron en el centro socialdemócrata con pocas diferencias programáticas.⁴

En el intento de fijar el significado de la victoria electoral de Lula, algunos académicos han resaltado sus atributos personales como expresiones del cambio alcanzado en su elección como presidente. Perry Anderson destaca que Lula incorpora una experiencia de vida *popular* y una trayectoria de lucha social y política «de abajo para arriba» sin igual para cualquier otro jefe de gobierno contemporáneo.⁵ Del mismo modo, Murilo de Carvalho coloca el significado del candidato del Partido dos Trabalhadores (PT) en sus orígenes y biografía populares que lo hacen un «extraño en el nido» de la élite que había gobernado el Brasil desde la independencia.⁶ Pero la poderosa carga simbólica del *personaje* de Lula no es menos ambigua que su discurso electoral. Es verdad que la historia de la vida de Lula combina una narrativa de lucha política y de éxito personal.⁷ Para muchos de sus seguidores, Lula se transformó en una imagen icónica de la lucha del pueblo brasileño por sus derechos como trabajadores y ciudadanos, en uno de los países más desiguales del mundo. Pero la historia personal del *retirante* (migrante interno del noreste) que se transformó en tornero mecánico y líder sindical pasó también a simbolizar la movilidad social de la clase obrera moderna de su país, una condición interpretada por el ex presidente Fernando Henrique Cardoso como un símbolo de la naturaleza democrática de la sociedad brasileña, olvidándose convenientemente de las grandes desigualdades socioeconómicas del Brasil.⁸ Asimismo, teniendo en cuenta que Lula y Serra tenían sus raíces personales en los suburbios industriales de San Pablo (San Bernardo y Moóca, respectivamente), José de Souza Martins recuerda que, por más de un siglo, el corazón industrial de San Pablo fue el

3 «Ciências sociais: intelectuais divergem sobre diferenças entre Lula y Serra», en *FSP*, 24 de octubre de 2002.

4 *Ibidem*.

5 «Balanço: FHC deixou saldo negativo, diz historiador», en *FSP*, 10 de noviembre de 2002.

6 «Entrevista: Dificuldades de Lula...», o. cit.

7 Como el propio Lula señaló en su discurso inaugural: «Cada uno nosotros brasileños sabemos que lo que hemos realizado hasta hoy no es poco, y también sabemos que podemos hacer mucho más. Cuando miro mi propia vida como *retirante nordestino* (migrante interno del noreste), como un niño que vendió maní y naranjas en los muelles de Santos, que se volvió un tornero, que se convirtió en un líder sindical, que un día fundó el Partido de los Trabajadores y creyó en lo que hacía y ahora asume el cargo de ser jefe del Estado nacional, creo y sé, con absoluta claridad y convicción, que podemos hacer mucho más» (discurso de Luis Inácio Lula Da Silva durante el acto de asunción de la presidencia en el Congreso Nacional, *FSP*, 2 de enero de 2003).

8 «Eleição de Lula mostra que há mobilidade social no Brasil», en *FSP*, 29 de octubre de 2002.

foco de uno de los procesos de movilidad social más exitosos del país y que en esa medida Lula y Serra encarnan igualmente una ideología burguesa de ascenso social mediante el trabajo duro, la vida familiar y la educación.⁹

¿Cuál es entonces el significado del cambio político que simbolizó la victoria electoral de Lula? ¿Cómo puede entenderse esto, particularmente cuando el programa económico del PT tenía tanto en común con el del candidato del gobierno, José Serra? ¿Es posible concluir que el triunfo de Lula representa un momento fundacional en la historia de Brasil y al mismo tiempo admitir que cualquier cambio será en el mejor de los casos limitado y gradual? ¿Es Lula una figura *antiestablishment* o es la mejor representación de una tradición de movilidad social, que legitima en última instancia el statu quo? Si el gobierno de Lula representa a los dominados tomando la historia en sus propias manos, ¿cómo pudieron prominentes miembros de la elite política tradicional y de negocios del país respaldar su candidatura y pudo su triunfo ser digerido tan fácilmente por los mercados?

Una posible respuesta a estas preguntas podría seguir el camino de tópicos familiares en análisis de este tipo, tales como la cooptación y la traición, o las alegaciones que las exigencias del *marketing* político y la presentación suplantaron los valores históricos del partido. Perry Anderson observa acerbamente que la nueva imagen electoral de «amor y paz» de Lula, fue «anticipadamente, el lenguaje de la derrota».¹⁰ Una explicación alternativa podría basarse en las exigencias impuestas por los mercados, que hicieron que el candidato presidencial del PT moderara su tono y así limitara seriamente la capacidad del nuevo gobierno para poner en acción una política económica alternativa. Una tercera postura explicaría la evasión de Lula de opciones políticas duras en la campaña —e incluso del cambio de imagen, por el que pasó de ser visto como un líder sindical amenazante a un político *light* vestido por Armani— como una estrategia de *marketing* para llegar más allá de los partidarios naturales del PT.

Las explicaciones antedichas no son mutuamente excluyentes y contienen elementos de verdad. Sin embargo, son menos que convincentes y no muestran el cuadro completo. ¿Traicionó Lula las raíces radicales del partido? Aunque muchos partidarios del PT están descontentos con la temprana adhesión del nuevo gobierno a los principios fundamentales del programa económico del gobierno anterior, las acusaciones de traición no son solamente prematuras sino también infundadas. Existen casos en otros países latinoamericanos de candidatos que en sus campañas electorales presidenciales manejaron un discurso anti-neoliberal y que, una vez en el gobierno, implementaron políticas económicas neoliberales duras —Alberto Fujimori y Carlos Menem son ejemplos de esta estrategia—,¹¹ pero este no fue el caso con la campaña electoral de Lula. Como se examinará en detalle a continuación, Lula hizo del cambio el punto nodal de su campaña pero tampoco hizo secreto de su compromiso con el Fondo Monetario Internacional (FMI) en lo que se relaciona con las metas presupuestales de superávit primario que lo comprometía a ejercer un estricto control sobre el gasto

9 José De Souza Martins, «O triunfo do subúrbia», en *FSP*, 17 de Noviembre de 2002.

10 «Balanço: FHC deixou saldo negativo...», o. cit.

11 S. STOKES y B. MANIN (eds.), *Democracy, accountability and representation*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999.

público. Asimismo dejó claro que su gobierno respetaría los contratos del país (es decir, no caería en *default* de la deuda externa) y daría prioridad a la estabilidad económica, elementos importantes del modelo económico del gobierno de Cardoso. No hizo ninguna promesa en cuanto a políticas de izquierda de tipo tradicional, tales como aumento del gasto público, la nacionalización de empresas privatizadas o la vuelta a políticas de intervención económica del Estado. Incluso respecto al sector financiero, cuco de la izquierda durante el período de Cardoso, Lula fue medurado en la campaña electoral ya que se reunió con los banqueros y los tranquilizó (en el sentido de que no tendrían qué temer) de un futuro gobierno del PT. En otras palabras, si el programa moderado del PT representó una «traición» con las raíces socialistas del partido, esa «traición» de Lula se hizo durante la campaña electoral y no ya en el gobierno como en los casos de Menem o Fujimori.

¿Fue Lula cautivo de los mercados? Las limitaciones impuestas por las fuerzas del mercado son muy reales y la dirección del PT las tenía bien presentes durante la campaña electoral. Pero si Lula hubiera estado de acuerdo, como lo han argumentado algunos economistas de izquierda, con que las políticas pro mercado, de austeridad fiscal y de elevadas tasas de interés del gobierno de Cardoso conducen inevitablemente al fracaso económico y al desastre político, ¿no tendría por lo menos que haber considerado el desafiar a la ortodoxia económica en vez de intentar aplacar los mercados durante y después de la campaña? Ni siquiera los políticos van al matadero de ojos abiertos. La pregunta no está tan fuera de lugar considerando el caso de De La Rúa, el presidente argentino para el «cambio» que no obstante continuó la ortodoxia de la era de Menem con desastrosas consecuencias, y que los estrategias del PT no dejaron de tener en cuenta.

¿Ese nuevo discurso moderado de Lula era un juego de *marketing*? El *marketing* es parte de política moderna y Lula tenía un estrategia brillante en Duda Mendonça. Pero la estrategia político-electoral de Lula no puede reducirse a una mera cuestión de *marketing* político. Una estrategia de *marketing* basada en vender un producto con argumentos totalmente falsos es muy difícil de sostener, sobre todo bajo los ataques implacables que forman parte de cualquier campaña electoral. Y, como veremos a continuación, la campaña de Serra intentó fuertemente mostrar la moderación de Lula apenas como una cuestión de imagen televisiva y fracasó en el intento.

Aun teniendo en cuenta las fuerzas del mercado y las estrategias de *marketing*, un análisis más minucioso de la naturaleza del *appeal* electoral de Lula requiere examinar cómo el «cambio» se convirtió en el significativo clave de su campaña electoral. Este artículo argumenta que mientras las raíces de Lula están en la clase obrera, su denuncia del modelo económico del gobierno de Cardoso y la tradición radical del PT sugerirían que la elección se basó en la promesa de una ruptura radical con el statu quo y en la lucha contra los enemigos del cambio pero, lo que realmente estaba en cuestión fue un juego político más sutil: una competencia sobre el significado mismo del cambio y sobre sus límites. Con este propósito la siguiente sección discute dos construcciones discursivas del cambio. A continuación se examina el contexto político en el cual se jugó la contienda por el «cambio» durante la elección de 2002. Las secciones subsiguientes analizan las diferentes estrategias político-discursivas del candidato presidencial del PT, Lula da Silva, del ex presidente Fernando Henrique Cardoso y del candidato presidencial

José Serra, del Partido Social Demócrata Brasileiro (PSDB).¹² El análisis muestra cómo cada uno de estos actores iteraron el cambio para definir y redefinir las fronteras políticas que marcaron la disputa electoral y, en ese juego, ensancharon o estrecharon las diferencias entre sus respectivas posiciones políticas. La conclusión es que el discurso electoral de Lula articuló con éxito los contenidos del «cambio como ruptura» y del «cambio como continuidad» para mantener las esperanzas de sus seguidores, para tener en cuenta los reparos de quienes habían estado reacios a votar por él en el pasado y para calmar los miedos del mercado.

«EL CAMBIO COMO RUPTURA» Y «EL CAMBIO COMO CONTINUIDAD»

Cualquier promesa de cambio implica una lucha política sobre el significado mismo del cambio. Un modo tradicional de entender el cambio político es asociarlo a un nuevo comienzo, a un acontecimiento que represente una completa ruptura con el orden preexistente. Esta manera de imaginar el cambio se relaciona generalmente con los episodios históricos que hacen a una época, tales como revoluciones, derrocamiento de regímenes dictatoriales, o guerras por la independencia. Imaginar el cambio como un nuevo comienzo puede también formar parte de escenarios políticos menos traumáticos. En una era no revolucionaria, poscolonial, el cambio como un nuevo comienzo puede entenderse en el sentido de la ruptura con una situación presente asociada a severas crisis económicas o políticas, o con gobiernos que son profundamente impopulares o que han perdido su legitimidad. En otras palabras, el «cambio como ruptura» es la promesa tanto de un nuevo orden radical, como de la reinstauración del orden en sociedades que enfrentan guerras civiles, conmociones políticas, crisis económica y social, o gobierno ilegítimo. En sus aspectos formales es parte de discursos políticos tan distintos como el revolucionario, el del populismo y el de la lucha de clases, y funciona dividiendo el espacio político en dos terrenos antagónicos: pasado y presente, amigos y enemigos, nosotros y ellos, dominadores y dominados, la nación y sus enemigos, orden y caos, el gobierno y el pueblo. En esta operación discursiva, el polo negativo de la dicotomía (el enemigo del cambio) se convierte en un «Otro» radical. Como resultado, todas las diferencias adentro del orden existente se borran, ya que al oprimirnos a todos por igual el enemigo común nos vuelve todos iguales (Bowman, a publicar): «somos todos iguales» en nuestro antagonismo a la opresión del capitalismo, la dictadura comunista, los enemigos del pueblo, los políticos corruptos, el antiguo régimen, el caos económico, el amo colonial, el imperio del mal, o la América atea. Este «cambio como ruptura» requiere que sus adherentes luchen para derrotar al «Otro» que bloquea la promesa de la plenitud de la sociedad reconciliada consigo misma que será alcanzada con el nuevo orden.

12 En verdad Lula y Serra eran candidatos de coaliciones multipartidarias. Sin embargo, el PT y el PSDB fueron los partidos líderes de las respectivas coaliciones, y los candidatos estaban afiliados a estos partidos.

Pero el cambio político también se puede entender no como ruptura sino como la continuidad desarticulada por un proceso de iteración. La iteración es la lógica que ata la repetición a la alteración. Jacques Derrida argumenta que la iterabilidad esencial de cualquier signo (lingüístico o no lingüístico) significa que siempre puede ser separado de la cadena de significado en la que se inserta y colocarse en cadenas alternativas:

[t]odo signo [...] se puede citar, poner entre comillas; y haciéndolo se puede romper con cualquier contexto dado, engendrando una infinidad de nuevos contextos de un modo absolutamente ilimitado. Esto no implica que el signo tenga validez fuera de cualquier contexto, pero al contrario, que hay solamente contextos sin ningún centro o anclaje absoluto (Derrida, 1988, p. 12).

La iteración implica así una recuperación que no deja lo original incambiado, porque el mismo acto de repetir algo incorpora algo nuevo y constituye una diferencia que convierte a la repetición en una cierta forma de reinstitución (Arditi, 2003, p. 90). El «cambio como iteración» no es tanto la eliminación de líneas divisorias entre dos órdenes políticos antagónicos, sino la interrupción de un orden existente por el injerto de nuevos elementos que alteran las jerarquías de poder y desplazan los límites de sus fronteras políticas. Así concebido, el cambio como iteración funciona como la anticipación de algo por venir que opera en los espacios entre la lógica política de la revolución permanente y la lógica tecnócrata del final de la historia. Es una dimensión de las prácticas que hacen a las instituciones operativas y que contribuyen a su subsistencia y a su transformación en el tiempo. En el discurso político es la subversión de la claridad por la ambigüedad, del texto por el contexto, de lo que se dice por lo que se deja afuera, de lo que no da lugar a duda por lo que se califica, de lo que es afirmado por lo que se insinúa, del antagonismo por diferencia.

Dos consecuencias se derivan de estas variadas maneras de entender el cambio: primero, la continuidad nunca se puede eliminar de la promesa de un nuevo orden. Por más que se presente como ruptura, todo cambio implica iteración y todo nuevo comienzo recupera siempre rastros del pasado. En segundo lugar, e inversamente, por jugar siempre en diferentes contextos, la repetición necesariamente implica un cambio y abre posibilidades de luchas hegemónicas y de desarticulación de relaciones de poder. Como lo mostraré a continuación, la interacción entre el cambio como nuevo comienzo (o el cambio como ruptura) y el cambio como iteración (o el cambio como continuidad) fue crucial en la contienda política para definir la agenda electoral brasileña en 2002 y, en última instancia, en el éxito electoral de Lula.

LAS CAMBIANTES FRONTERAS POLÍTICAS DE LAS ELECCIONES BRASILEÑAS

Generalmente, las luchas electorales se concentran en los temas de continuidad y de cambio (son, después de todo, competencias institucionalizadas de identificación). Sin embargo, estos temas se desarrollan de maneras muy diversas según las estructuras institucionales dentro de las que tiene lugar la contienda electoral y las coyunturas políticas en las cuales esta lleva a cabo. En el caso de Brasil, las elecciones presidenciales

son el único momento verdaderamente nacional en la vida política del país, y la única instancia institucional en la que es posible interpelar directamente a los ciudadanos como «un pueblo» y no como un conglomerado de clientelas locales fragmentadas. La naturaleza nacional y personalizada de las contiendas presidenciales permite que los ciudadanos se identifiquen más fácilmente con líderes reconocidos con programa de cambio, en oposición a la elite política conservadora que tradicionalmente ha dominado las políticas locales, sobre todo en áreas rurales, mediante el patronaje y el clientelismo (Roett, 1984). En tiempos de inestabilidad política, las elecciones presidenciales conllevan un elemento plebiscitario que favorece la polarización política y la promesa de una ruptura con el statu quo (Mangabeira Unger, 1990). Sin embargo, otras características institucionales de las elecciones brasileñas socavan la capacidad de las elecciones presidenciales para simplificar el espacio político en dos terrenos opuestos. La estructura del sistema de partidos de Brasil hace difícil que un aspirante presidencial sea el candidato de un solo partido, y lleva generalmente al establecimiento de alianzas electorales multipartidarias en torno a los candidatos. Estas coaliciones se componen a menudo de partidos con diferencias político-ideológicas considerables. Y mientras que los candidatos presidenciales exitosos deben reunir una mayoría absoluta de votos en la primera o segunda vuelta, sus partidos reciben normalmente una parte más pequeña de los votos para el Congreso: en las últimas tres elecciones ningún partido gobernante ha ganado más de 22% de los asientos en la Cámara de Diputados.

Si los candidatos presidenciales necesitan apoyo multipartidario para ganar las elecciones, los presidentes también necesitan formar coaliciones multipartidarias (presidencialismo de coalición) para controlar al Congreso, e incluyen generalmente en la coalición gobernante a partidos de diversos alineamientos ideológicos (Abranches, 1993). Más aún, desde 1994 las elecciones presidenciales han tenido lugar simultáneamente con las del Congreso y con las estatales, y en estas últimas las alianzas políticas tienen configuraciones políticas muy diferentes de la elección presidencial. No es inusual que un partido apoye a un determinado candidato presidencial en el nivel nacional, y haga alianza formal o informal con un partido que apoya a un candidato rival en el nivel estadual. Así pues, mientras que las elecciones presidenciales pueden favorecer la división del espacio político en dos campos opuestos, las reglas de juego electorales más amplias y las alineaciones político-electorales de los estados subvierten la polarización derivada de la naturaleza de elecciones presidenciales y transforman las elecciones en un complejo juego de alianzas entrecruzadas que potencialmente pueden minimizar o aun eliminar la polarización política.

En la reciente historia electoral de Brasil, la fuerte polarización política le otorgó a las elecciones presidenciales de 1984, 1989 y 1994 una naturaleza cuasi plebiscitaria, en la que las campañas fueron realizadas bajo la promesa del cambio como ruptura con el orden existente o como la restauración del orden de cara a la disolución política o económica. Las elecciones de 1984 fueron una elección indirecta de cambio de régimen en las que la línea divisoria entre la democracia y el gobierno militar saturó el espacio político. Lo que he etiquetado «cambio como ruptura» también fue evidente en las elecciones de 1988, cuando la lucha electoral se dio en un contexto de hiperinflación, acusaciones de corrupción contra el presidente saliente José Sarney y una crisis general de gobernabilidad. En este trasfondo político, el candidato ganador Fernando Collor

de Mello hizo una campaña populista que polarizó con éxito el espacio electoral entre su persona, como un *outsider* que lucha en defensa de los socialmente excluidos, y una *establishment* político corrupto y solo interesado en beneficiarse a sí mismo («*antitud que está ahí*», contra todo que está fuera) (Panizza, 2000). Las elecciones de 1994 también adquirieron una naturaleza cuasi plebiscitaria pero de un modo diferente. En este caso, el «Otro», contra el cual un nuevo comienzo fue postulado, no fue el *establishment* político sino el caos representado por la hiperinflación y la mala gestión económica. Las elecciones se centraron en la exitosa restauración del orden económico alcanzada por el muy popular Plan Real (antiinflacionario) y fueron ganadas por el padre político del plan, Fernando Henrique Cardoso.

El PT —y Lula como su cofundador y líder— se transformó en una fuerza política nacional, en un contexto de polarización e inestabilidad propio de los años ochenta y principios de los noventa. Partido radical con un programa de orientación socialista, el PT hizo campaña en defensa de los política y económicamente excluidos denunciando las fallas de la democracia brasileña, la corrupción de su *establishment* político, la naturaleza injusta del orden económico y la dependencia del país de los dictámenes del FMI. El PT nunca fue un partido revolucionario y su retórica radical siempre fue atenuada por el respeto por las reglas de juego democráticas y una considerable dosis de pragmatismo (Nylen, 2000). Pero las raíces populares de este partido sin precedente en la historia brasileña, y sus conexiones con movimientos sociales radicales, dieron a su mensaje de cambio un perfil duro que lo distanció de las fuerzas políticas centristas de tipo *catch all* que habían dominado tradicionalmente la política brasileña, pero también de la mayoría del electorado, según lo demostrado por las tres derrotas electorales sucesivas de Lula en 1989, 1994 y 1998.

Cada derrota sucedió en un contexto político diferente, pero lo que tienen en común es que cada una demostró que Lula no había logrado persuadir a una mayoría de los ciudadanos de que podrían confiar en él para que gobernara un país asediado por problemas políticos y económicos. En 1989, Collor de Mello derrotó a Lula con éxito al retratarlo como un peligroso radical que hundiría al país en la violencia política y el caos económico. En 1994, Lula era el favorito para las elecciones pero se equivocó al no tener en cuenta el apoyo popular al Plan Real de estabilización, lanzado justo antes del comienzo formal de la campaña electoral. Sus ataques contra el Plan Real le facilitaron a Cardoso presentar a Lula como una amenaza al nuevo orden económico y así fue duramente derrotado. En las elecciones de 1998, la polarización estaba menos en evidenciada en la campaña electoral. Sin embargo, las elecciones aún se centraron en gran parte en el éxito de los cuatro años del Plan Real de estabilización y en el peligro de que un posible gobierno del PT hiciera retornar al país al desorden económico del pasado reciente. Asimismo, la contienda electoral se realizó contra el trasfondo de la amenaza de una nueva crisis económica como consecuencia de las crisis financieras asiática y rusa. El presidente Cardoso capitalizó esta amenaza presentándose como un estadista confiable que podría dirigir el país a través de las tempestuosas aguas económicas, en contraste con la carencia de experiencia y la falta de confianza de Lula. Así, aunque menos abarcador, el antagonismo de las elecciones de 1998 era similar al de las de 1994, entre el orden, representado por Cardoso, y la amenaza de una vuelta al caos económico, representado por Lula.

Después de ocho años de gobierno del presidente Cardoso, la elección de 2002 tenía todas las características de un plebiscito sobre sus gobiernos. Esta era claramente la línea divisoria en torno a la cual todos los candidatos de la oposición, incluyendo Lula, eligieron realizar la campaña. En los discursos televisivos, los tres principales candidatos de la oposición, Ciro Gomes (Partido Socialista Popular, PSP), Antonio Garotinho (Partido Socialista Brasileiro, PSB) y Lula da Silva (PT), concentraron su ataque en José Serra (PSDB) como el candidato de un gobierno que manifiestamente no había logrado satisfacer sus promesas de alto crecimiento económico y equidad social. Pero otros factores políticos y económicos atenuaron el potencial de las elecciones para la polarización política. Aunque Brasil seguía siendo un país profundamente desigual y profundamente vulnerable a los *shocks* financieros externos, en los ocho años de gobierno de Cardoso (1995-2001) se había pasado de un país caracterizado por instituciones democráticas débiles, volatilidad política y desorganización económica, a una sociedad donde la política estaba institucionalizada y la economía relativamente más estable (Panizza, 2000b).

De este modo, las elecciones de 2002 no fueron realizadas en términos de un cambio de régimen como en 1984, o como una cruzada moral contra un *establishment* político corrupto como en 1988, o como la preservación del orden contra la amenaza de la hiperinflación como en 1994 y, en parte, en 1998. Fueron elecciones llevadas a cabo dentro de un sistema político cada vez más institucionalizado, contra un gobierno cuya legitimidad no podía cuestionarse, que para los estándares brasileños tenía bajos niveles de corrupción y que había procurado mantener por lo menos en apariencia la estabilidad económica. Mientras que había una gran desilusión con el gobierno, la popularidad del presidente saliente seguía siendo relativamente elevada. Habiendo alcanzado aproximadamente 26% durante la campaña electoral, el presidente Cardoso fue elegido en una encuesta como el presidente más exitoso de la historia brasileña moderna. Mientras en el pasado el sistema político había mostrado ser vulnerable a populistas o pseudooutsiders tales como Collor de Melo, las de 2002 fueron unas elecciones en las cuales todos los candidatos presidenciales principales eran *insiders* y representaban partidos políticos establecidos.

LA ESTRATEGIA POLÍTICO-ELECTORAL DE LULA

Lula tuvo que formular una difícil estrategia político-electoral. Por un lado le era crucial polarizar la elección entre la continuidad (representada por Serra) y el cambio (representada por él mismo, en disputa con otros candidatos de la oposición). Pero al mismo tiempo, Lula necesitó reasegurarse los mercados, así como a un sector sustancial de la ciudadanía que se había beneficiado de la relativa estabilidad económica de la administración Cardoso. Como el candidato de un partido que había forjado su identidad bajo la promesa de un cambio radical, su dilema era cómo desarrollar la campaña con un discurso de cambio en un país que se había vuelto progresivamente más estable. ¿Llamaría a un cambio radical para atraer a aquellos que estaban desilusionados de los errores de la administración Cardoso, o abandonaría el mensaje de un cambio radical para atraer a aquellos votantes que había apoyado a Cardoso en 1994 y 1998 y que temían

que cambios radicales en la política económica que llevaran a una recesión económica? Además, como en 1998, la campaña electoral de 2002 fue una pelea bajo la sombra de una crisis económica. Enfrentando una coyuntura similar, el candidato del PT tenía que evitar caer en una trampa similar. ¿Cómo podía Lula evitar ser acusado por Serra, el candidato del gobierno, de hacer capital político del tema de la crisis y de maximizar los efectos desestabilizadores que una victoria del PT podrían tener en los mercados financieros?

Teniendo en cuenta estos dilemas estratégicos del discurso electoral de Lula, debía apuntar a tres objetivos. Primero, Lula debía asegurarle a los seguidores del PT que él permanecía comprometido con el proyecto histórico del partido del cambio radical, tal como había sido expresado en numerosos documentos partidarios, incluyendo las resoluciones del congreso más reciente del PT. En segundo lugar, Lula tenía que convencer a la mayoría del electorado, quienes lo habían rechazado en las tres elecciones pasadas, de que él podía ser confiable en la presidencia y que un gobierno del PT introduciría importantes cambios sin dejar de lado los logros políticos y económicos alcanzados por el presidente Cardoso. En tercer lugar, debía asegurar a los agentes económicos (los mercados) que no afectaría sus intereses fundamentales para que no precipitaran una crisis financiera y retiraran sus fondos del país.

La estrategia de Lula fue hacer del cambio el punto nodal de su campaña. Una y otra vez iteraba el llamado al cambio como un mantra. Un documento crucial de su campaña, la llamada «Carta ao povo brasileiro» (Carta al pueblo brasileiro) es paradigmático de su discurso estratégico. Esta carta fue publicada mientras el gobierno saliente se encontraba en delicadas negociaciones con el FMI en busca de asistencia para prevenir la precipitación de una crisis financiera. Un compromiso público de los principales candidatos en cuanto a que un futuro gobierno sostendría los términos del acuerdo fue visto como crucial para el éxito de estas negociaciones. En la carta, Lula comenzaba diciendo «Brasil quiere el cambio» y continuaba reafirmando que el pueblo brasileño quería «el cambio en serio» («*mudar para valer*»), un término que evocaba la noción de cambio como ruptura. Así, Lula presentó al cambio como un nuevo comienzo, rechazando cualquier continuismo explícito con el statu quo. Reforzó su imagen afirmando que «el modelo en curso estaba exhausto» y que había una «poderosa voluntad popular que quería poner fin al ciclo económico y político en curso». Lula vinculó el cambio a un número de temas que habían figurado prominentemente en el discurso tradicional del PT, tales como el crecimiento económico y la justicia social. Criticó fuertemente diversos aspectos de las políticas económicas del gobierno de Cardoso, en especial las vulnerabilidades estructurales de la economía y la fragilidad de las finanzas públicas. Pero la imagen radical de cambio incorporaba trazas de continuismo, en cuanto Lula reafirmaba su compromiso de lucha contra la inflación y el pago de la deuda externa al precio de una ajustada política fiscal. Aseguraba de esa forma que su gobierno honraría los contratos financieros y las obligaciones del país y acentuaba su disposición a «preservar el superávit presupuestal necesario que fuera necesario para prevenir el incremento de la deuda interna que destruiría la confianza en la capacidad del gobierno en honrar sus compromisos».¹³

13 «Carta ao povo brasileiro», Partido de los Trabajadores, Directorio Nacional, 22 de junio de 2002.

La paradoja de la carta es que mientras fue redactada en lenguaje de cambio, como un nuevo comienzo, los mercados interpretaron la promesa de Lula no como una amenaza de ruptura con el modelo económico sino como un compromiso de continuidad con políticas pro mercado, tales como el respeto de la deuda externa y el mantenimiento de la disciplina fiscal. La carta fue ampliamente percibida como una encrucijada en las relaciones entre el candidato del PT y los mercados, que lenta pero seguramente comenzaron a cambiar sus percepciones sobre la amenaza a sus intereses representados por una posible victoria de Lula.¹⁴ Por lo cual, probablemente, una carta que tenía como destinatario explícito al pueblo brasileño y afirmaba que el pueblo rechazaba cualquier forma de continuismo con el modelo económico existente, tenía a los mercados como su último destinatario; y un documento que utilizaba al cambio como su significativo clave fue interpretado por estos destinatarios últimos como un compromiso con el continuismo en algunas políticas macroeconómicas clave.

¿Hace esto a Lula un político manipulador, diciendo una cosa y significando lo opuesto? No particularmente. La importancia de la carta radica precisamente en que Lula dijo lo que quería decir, pero las palabras solas adquieren su significado al ser interpretadas por sus receptores. Lula no mintió en la carta, ni prometió algo queriendo prometer otra cosa. Usó el término cambio con un significativo flotante (Lacau, 1990: 28; Torfing, 1999: 301), articulándolo a diferentes elementos políticos que lo sobrecargaban de sentido, como se demuestra en el siguiente extracto: «Otro camino es posible. Es el camino del crecimiento económico, con estabilidad y responsabilidad social».¹⁵ Cada uno de estos términos apelaba a diferentes audiencias, todas de crucial importancia para su estrategia político electoral: la promesa de restaurar el crecimiento económico era particularmente importante para el sector empresarial así como para la clase media que tradicionalmente había apoyado a Cardoso pero que estaba sufriendo bajo sus políticas de altas tasas de interés; el respeto de la deuda externa era fundamental para los operadores financieros, quienes temían que el nuevo gobierno faltara al pago; la responsabilidad social (la justicia social) apelaba a los seguidores tradicionales del PT. Aquellos a quienes la carta se dirigía, la interpretaban (le daban sentido) identificándose con el cambio pregonado por Lula, de acuerdo a sus propios mapas cognitivos.

¿Qué era «el Otro» de la carta de Lula? Claramente era el «modelo actual» o, como él lo señaló despreciativamente en otros términos, «el actual ciclo económico y político», sugiriendo una relación de antagonismo (cambio como ruptura) tanto en lo político como en lo económico. El discurso de Lula equiparó «el modelo» a una cadena de elementos negativos, tales como el estancamiento económico, la vulnerabilidad financiera, una soberanía comprometida, la continuidad de los altos niveles de corrupción, y «los aterradores niveles de crisis social y falta de seguridad». El antagonismo entre la promesa de cambio de Lula y «el modelo» (como su «Otro» radical) estableció la línea política divisoria que fue central en la campaña electoral: entre él, como el candidato de la oposición y Serra como el candidato del gobierno, identificado con la negatividad

14 Véase, por ejemplo, «Corretora recua e agora recomenda Brasil», en *FSP*, 5 de octubre de 2002.

15 «Carta ao povo brasileiro», o. cit.

del modelo; una relación antagónica sobre la base de la cual Lula centró su lucha y ganó la elección.

Sin embargo, el discurso de Lula alteró el antagonismo establecido por su institución del «actual modelo» como el «Otro» del cambio, comprometió a su gobierno a respetar la deuda externa del país, a controlar la inflación y, particularmente, a implementar el duro ajuste fiscal acordado por Cardoso con el FMI. En el pasado, estas políticas habían sido objeto de la crítica del PT al llamado modelo neoliberal del gobierno saliente. El partido había asociado tradicionalmente estas políticas con la subordinación al FMI, con el privilegio al sector financiero sobre las necesidades de los productores y con la falta de inversión social y baja remuneración a los funcionarios públicos. De esta manera, iterando su llamado al cambio en diferentes contextos mientras se comprometía a la preservación de importantes elementos del llamado «modelo actual» («o *atual modelo*»), Lula redefinió el significado mismo del cambio. Algunas políticas fueron separadas de su asociación tradicional con el neoliberalismo y rearticuladas al signifiicante «cambio». Como resultado de esta iteración, el signifiicante articuló el cambio representado por la victoria de Lula —y la promesa de una sociedad más justa e igualitaria— con elementos de continuidad de políticas macroeconómicas del gobierno saliente.

Otros documentos y pronunciamientos de la campaña siguieron un patrón similar. Escribiendo en la *Folha de São Paulo* del 5 de octubre de 2002, Lula comienza reclamando que «Brasil necesita el cambio» y asocia al cambio «con un proyecto nacional que beneficie a la totalidad del pueblo y el rescate de una deuda social de cientos de años». Pero además señala que «el momento del cambio ha llegado a través de un proceso de pactos y negociaciones» y renueva su compromiso con «políticas macroeconómicas responsables, la baja inflación y la estabilidad económica» y con «objetivos que han de crear las condiciones para retomar el crecimiento económico», en una referencia implícita a la meta acordada con el FMI de superávit primario.¹⁶

El primer discurso público de Lula luego de ganar las elecciones y su discurso inaugural tras asumir la presidencia fueron ejemplos claros de la misma estrategia discursiva. En el primero interpretó su victoria en la elección como un voto por el cambio: «Ayer Brasil votó por el cambio», comenzó diciendo Lula. Continuó luego fundamentando que su victoria significó la aprobación «de un proyecto alternativo y el comienzo de un nuevo ciclo histórico para Brasil» [énfasis agregado]. En otras palabras, el cambio como un nuevo comienzo. Su discurso evocó los temas tradicionales del PT, de la lucha en favor de los excluidos y de las víctimas de la discriminación, y conectó así su triunfo con las banderas tradicionales del partido. Lula dijo que concebía como misión de su vida asegurar que cada brasileño tuviera tres comidas al día, promesa que establece su programa «Fome zero» («Hambre cero»), otra imagen poderosa de regeneración. Pero como ya lo había hecho en la carta, el recientemente electo presidente moderó las promesas de un nuevo orden introduciendo elementos de continuidad a través de sus compromisos de respeto a los contratos del gobierno, el control de la inflación y responsabilidad fiscal, e incorporó el deseo de los electores de estabilidad económica y la necesidad de tranquilizar a los mercados.¹⁷

16 Luiz Inácio Lula da Silva, «Um projeto de nação», en *FSP*, 5 de octubre de 2002.

17 «Transição: "Brasil votou para mudar"», discurso de Lula, en *FSP*, 29 de octubre de 2002.

Esta pauta fue reiterada en el discurso inaugural de Lula como presidente. Comenzó instituyendo el cambio como el significante clave de su gobierno: «Cambio [*'mudança'*]. Esta es la palabra clave; este fue el gran mensaje de la sociedad brasileña en las elecciones de octubre». ¹⁸ Como en la carta, Lula hizo del llamado «modelo» el «Otro» del cambio asociándolo con una cadena de elementos negativos que deberán ser eliminados para permitir la creación de una sociedad más justa. ¹⁹ En otros pasajes, sin embargo, el cambio es presentado como un proceso gradual en el cual algunas demandas tendrán que ser demoradas y algunos elementos del modelo presente preservados: «el cambio es un proceso gradual y continuo, no solo un acto de voluntad»; «Tendremos que mantener muchas de nuestras legítimas preocupaciones sociales bajo control para que puedan ser atendidas al paso correcto y en el momento correcto». Y en el discurso, así como en la carta, Lula realizó un compromiso explícito con la estabilidad económica, con el «gerenciamiento responsable de las finanzas públicas y la implacable lucha contra la inflación». ²⁰

La iteración de Lula del cambio como un significante flotante, con contenidos de ruptura y continuidad le permitió ampliar su convocatoria electoral. Pero otros actores clave también se unieron a la batalla política para definir el significado del cambio. Para entender mejor la forma en la cual las diferentes iteraciones del cambio operaron durante la campaña electoral, es necesario examinar las estrategias político-electorales del presidente Cardoso y del candidato del PSDB, José Serra.

LA ESTRATEGIA POLÍTICO ELECTORAL DE CARDOSO

La estrategia política de Cardoso durante la campaña electoral buscó borrar la frontera política entre su gobierno y Lula. Cardoso cultivó cuidadosamente la figura del hombre de Estado, presentándose más como un cabeza de Estado que como un cabeza de gobierno. Si bien dio su apoyo al candidato de su partido (el PSDB), José Serra, su respaldo fue menos que total. Cuando en las primeras etapas de la campaña la candidatura de Serra marchaba mal y parecía posible que terminara en el tercer lugar detrás del candidato del PPS, Ciro Gomes, Cardoso comenzó a tender puentes hacia Lula. Así dio a entender que en un enfrentamiento entre Lula y Gomes apoyaría al candidato del PT. También manifestó que Lula representaba a las fuerzas del progreso contra las oligarquías retrógradas del país. Reprochó las sugerencias de Serra de que la falta de educación universitaria de Lula lo hacía incapaz de gobernar el país. ²¹ Posteriormente, en un

18 «Discurso no Congresso», en *FSP*, 2 de enero de 2003.

19 «Enfrentando el agotamiento de un modelo que, en vez de generar crecimiento produjo estancamiento, desempleo y hambre; en vista del fracaso de la cultura del individualismo, del egoísmo, de la indiferencia hacia el otro, de la desintegración de las familias y las comunidades; en vista de las amenazas a la soberanía nacional, de la precariedad de la seguridad pública, de la falta de respeto hacia los mayores, y del desaliento de la juventud; en vista del estancamiento económico, social y moral del país, la sociedad brasileña elige el cambio», en *FSP*, 2 de enero de 2003.

20 *Ibidem*.

21 «FHC dá apoio a Serra, mas faz acenos a Lula», en *FSP*, 6 de octubre de 2002.

encuentro con todos los candidatos presidenciales para informarles acerca de la situación económica del país y del estado de las negociaciones con el FMI, tuvo un muy publicitado encuentro cara a cara con Lula. Además, condujo encuentros discretos con algunos de los líderes políticos del PT incluyendo al expresidente del partido José Dirceu.²² La especial relación que se desarrolló entre Lula y Cardoso durante la campaña electoral y la distancia política entre el presidente y Serra llevó a que algunos analistas se preguntaran quién era el «verdadero candidato» de Cardoso.²³

La actitud del presidente hacia el principal candidato de la oposición tenía un claro propósito político: construyendo puentes con el principal candidato de la oposición, Cardoso intentaba asegurar que una eventual derrota de Serra no fuera interpretada como una derrota total para el propio gobierno y, particularmente, de él como persona. Manteniéndose por encima de la política electoral y facilitando el proceso de transición tanto como fuera posible, Cardoso consolidó su imagen como constructor de las instituciones democráticas.

Cardoso también tenía interés en preservar la estabilidad económica durante el período de transición y en el éxito económico de un gobierno moderado del PT. Como Clovis Rossi escribió en *FSP*, Cardoso era consciente de que el futuro sería el juez del pasado.²⁴ Cualquier colapso económico generado por la desconfianza de los mercados hacia el gobierno entrante mancharía inevitablemente su legado de estabilidad económica, como sucedió en Argentina donde el fracaso de De La Rúa influyó en los juicios sobre la segunda presidencia de Menem. A la inversa, un gobierno moderado del PT podría percibirse en términos de cambio como continuidad: la continuación de un proceso gradual de democratización, institucionalización política y estabilización económica iniciada por el propio gobierno de Cardoso. De acuerdo con esta narrativa, las reformas de Cardoso habrían socavado exitosamente el poder de las oligarquías regionales tradicionales y aislado a la izquierda radical, incorporando efectivamente al PT al consenso centrista que caracterizó sus administraciones. Afirmando como lo hizo en un discurso en la Confederación Nacional de las Industrias días antes de la segunda vuelta en la elección, que «el camino del país sería mantenido quienquiera que fuera su sucesor» (*«que o caminho do país sera mantido seja quem for seu sucessor»*), Cardoso no solo intentó tranquilizar a los empresarios sobre la moderación de Lula, sino que también daba a entender que el camino elegido por su gobierno era el único posible y el mejor para su país.²⁵

Cardoso avanzó la noción de que lejos de representar una ruptura con su gobierno, la elección de Lula era parte de un proceso más amplio de cambio gradual a través de la democratización y de la estabilización del cual ambos, él y el nuevo presidente, eran participantes. En este sentido, remarcó que «él conocía a Lula desde hacía 30 años», al tiempo que subrayaba su pasado común como adversarios de centroizquierda del gobierno militar y garantizó el buen carácter de político del nuevo presidente. Señaló

22 «Troca: FHC e Lula criam ponte para o futuro», en *FSP*, 27 de octubre de 2002.

23 «Intelectuais divergem sobre diferenças entre Lula e Serra», en *FSP*, 24 de octubre de 2002.

24 «O futuro julga o passado», en *FSP*, 10 de octubre de 2002.

25 «Eleições 2002. Serristas unificam "teoria do caos"», en *FSP*, 17 de octubre de 2002.

también que la elección probó que había movilidad social en Brasil y comentó que esto mostraba la calidad de la democracia de los brasileños.²⁶

Significativamente, Cardoso atacó la sugerencia de Lula de que si era electo establecería un pacto social entre los actores sociales y económicos del país. «Hablando como un sociólogo», Cardoso argumentó que un pacto no sería necesario ni pertinente, ya que los pactos eran solamente relevantes en momentos de crisis política o económica y Brasil no era un país en crisis. Como señaló ante los resultados de la victoria de Lula en la segunda vuelta: «No siento que haya sido derrotado. Serra no era el candidato del gobierno sino el candidato del PSDB. En una democracia madura, no hay espacio para desacuerdos muy importantes entre los partidos. *La ruptura no es posible*. Si el PT ha cambiado de dirección, lo saludo» [énfasis agregado].²⁷

LA ESTRATEGIA POLÍTICO-ELECTORAL DE SERRA

La menos que completa identificación entre el presidente y el candidato de su partido fue tratada con reciprocidad por Serra, quien centró su campaña en el ambiguo eslogan de «*continuidade sem continuismo*», «continuidad sin continuismo». Serra no disimulaba sus serias diferencias con la política económica del gobierno. A través de la campaña mantuvo su distancia con el gobierno: Cardoso apenas aparecía en su campaña televisiva, mientras que paradójicamente figuró dos veces en los avisos televisivos de Lula.

A pesar de la estrategia de Serra de evitar una cercana identificación entre su candidatura y la administración saliente, la elección y particularmente la segunda vuelta entre él y Lula era un escenario político en el cual el campo electoral se polarizaría naturalmente entre el gobierno y la oposición. Y mientras el margen de aprobación al gobierno de 26% no era despreciable después de ocho años en el poder, estaba claro que el candidato del gobierno sería el probable perdedor de esta polarización. De esta manera, Serra buscó constituir una polarización diferente, que identificaría el cambio de Lula con una «Otro» radical, como en las elecciones de 1994 y 1998. Este antagonismo intentaba presentar a Serra como el candidato de la estabilidad y el desarrollo económico contra Lula como la encarnación del «cambio como ruptura» y por lo tanto de incertidumbre y temor a lo desconocido. Como señaló un político del PSDB: «temor al caos, temor a la huida de capitales, temor a la inflación, temor a la incompetencia administrativa».²⁸ Serra utilizó tres argumentos para establecer una fuerte línea divisoria entre él y Lula: el primero advertía que bajo un gobierno del PT, Brasil estaría en peligro de volverse una Venezuela, una Colombia, o una Argentina.²⁹ Los peligros representados por estos países eran: a) un gobierno populista que polarizó a la sociedad y amenazó la institucionalización democrática (Venezuela); b) un incremento del delito y la criminalidad generado por la incapacidad del PT de enfrentar el crimen organizado y su

26 «Eleição de Lula mostra que há mobilidade social no Brasil», en *FSP*, 29 de octubre de 2002.

27 *Ibidem*.

28 «Eleições 2002. Serristas...», o. cit.

29 «Dias de decisão», en *FSP*, 20 de octubre de 2002.

asociación con los movimientos violentos tales como el Movimento dos Sem Terra (MST, el Movimiento de los Sin Tierra) (Colombia); y c) la incapacidad del PT para mantener la estabilidad económica, que terminó en el no pago de la deuda y el colapso económico (Argentina).

En segundo lugar, para hacer creíble la amenaza de inestabilidad política y económica y contrarrestar la imagen moderada del PT durante la campaña, Serra utilizó un mecanismo típico de retórica política, estableciendo una relación de apariencia y esencia entre lo que él llamaba «el PT en TV» (Lula amor y paz, o cambio como continuidad) y el «PT en las calles» (el PT combativo del Movimento dos Sem Terra y otros movimientos radicales, o cambio como ruptura), y clamó que el último representaba la verdadera cara del PT.³⁰ Quizá el momento clave de esta estrategia de establecer una alternativa entre el orden y lo «desconocido» fue un aviso de TV protagonizado por la actriz Regina Duarte. Aquí, Duarte decía: «Tengo miedo. Ha pasado un largo tiempo sin tener este sentimiento. Tenemos dos candidatos. Uno que conozco, Serra; al otro no lo reconozco, porque *todo lo que él dijo ha cambiado*. Esto te genera temor» [énfasis agregado].³¹

El tercer elemento discursivo de Serra para constituir a Lula como «el Otro» del orden y buen gobierno era comparar su propia competencia gubernamental y disposición a usar una argumentación racional en contraste con la falta de experiencia de Lula, su apelación emocional y su negativa al debate. Serra insinuó que Lula no quería o no podía comprometerse a un debate racional, por lo que estaba mal preparado para gobernar. Durante su campaña acentuó sus logros obtenidos en el Ministerio de Salud y en otros cargos públicos, como prueba de su capacidad, experiencia y voluntad política. Gobernar Brasil, dijo Serra, requería «amor por la razón y la verdad». Votar por un candidato que se ha negado a discutir sus ideas «sería *dar un salto en la oscuridad*» [énfasis agregado]; nuevamente, cambio como ruptura.³²

Como pudo verse en los resultados de la elección, la estrategia de Serra no fue exitosa. Algunos analistas señalaron como la clave de su derrota su falta de carisma. Otros la fundamentaron en la campaña agresiva en contra de los otros dos rivales, Roseana Sarney y Ciro Gomes, que mientras resultó altamente efectiva para vencer a estos adversarios contrastó negativamente con la imagen de «paz y amor» de Lula. Esto fue particularmente relevante, ya que al electorado brasileño no le atrae el estilo norteamericano negativo de hacer campaña. Sin embargo, hubo razones más importantes para la derrota electoral de Serra. Su estrategia de tomar distancia del gobierno mientras al mismo tiempo era el candidato del partido del presidente lo dejó en un vacío de identificación. Marcar su distancia de la administración Cardoso mientras al mismo tiempo era incapaz de hacer campaña como un candidato de oposición, hizo que fuera difícil transmitirle al pueblo brasileño una historia creíble que diera sentido a su pasado reciente y, a su vez, diera esperanza para el futuro. El candidato de oposición

30 «Segundo turno: em três meses PT põe país em crise, diz Serra», en *FSP*, 10 de octubre de 2002.

31 «Eleições: Lula vai a 61% e abre 29 pontos sobre Serra após cinco dias da TV», en *FSP*, 20 de octubre de 2002.

32 «José Serra: Peço seu voto», en *FSP*, 5 de octubre de 2002 y «Serristas unificam...», o. cit.

Anthony Garotinho capturó este fracaso cuando directamente le preguntó a Serra durante un debate televisivo: «Como el candidato de este gobierno que está llegando a un triste final, ¿qué esperanza puede ofrecerle al pueblo brasileño?».

¿Por qué no fue más exitosa la estrategia de Serra de identificar a Lula con la amenaza de un cambio radical que llevaría a un desorden e incertidumbre? Su derrota tuvo que ver con la hábil articulación de Lula, del cambio como ruptura y cambio como continuidad, que neutralizó los ataques de Serra. En esta estrategia, Lula también fue ayudado por la forma en que la crisis que constituyó el escenario económico de la campaña electoral (la caída en el valor del real y el aumento del riesgo país). Fue muy difícil para Serra —quien fue, después de todo, el candidato de un partido que había estado en el poder por ocho años— manifestar simultáneamente que el país estaba atravesando una seria crisis económica (y que en consecuencia el radicalismo de Lula y su falta de experiencia empeorarían aún más las cosas) y que la crisis no tenía nada que ver con el gobierno de Cardoso. Para convencer al electorado de que votar un gobierno del PT llevaría a la inestabilidad económica, sería necesario convencer a los votantes de que el país estaba económicamente estable bajo la administración Cardoso y que era solo la amenaza de un cambio de gobierno lo que pondría en peligro la estabilidad. Dado que claramente este no era el caso y que en la elección de 1998 el presidente Cardoso jugó la carta de la estabilidad solo para devaluar el real dos semanas después de comenzar su segundo mandato, el argumento de que la oposición era responsable de los problemas económicos del país no era particularmente creíble. Aún más, la estrategia de identificar a Lula con el caos económico fue aún más difícil debido a las expresiones repetidas por Cardoso de que la estabilidad del país no estaría amenazada por los resultados electorales y que fuera quien fuera que ganara las elecciones no habría un cambio radical en la política económica. Por el contrario, Serra quedó expuesto a la misma acusación hecha en contra de Lula en 1998, de que su campaña de «alarmismo económico» estaba empeorando la crisis. Lula fue rápido para levantar este punto cuando acusó al gobierno de explotar la fragilidad de la economía brasileña para motivos electorales: «Lo que el gobierno no puede es hacer juegos terroristas con la economía brasileña, que se encuentra en un estado frágil».³³

En cambio, Lula utilizó la crisis para justificar el mantenimiento de algunos aspectos claves del modelo económico. Se ha argumentado que las crisis abren posibilidades de cambio radical y reforma política. Pero en el discurso del Lula la crisis actuó como una restricción al cambio rápido y radical del modelo. Lula defendió la idea de que sería necesario un período de transición: «una cuidadosa y bien pensada transición entre lo que tenemos hoy y lo que la sociedad quiere». Nuevamente, cambio como continuidad. Por lo tanto, mientras para Serra la crisis no podía ser completamente admitida como parte del presente sino como una amenaza para el futuro, para Lula la crisis era una razón para mantener algunos aspectos del statu quo que, como había aprendido de la experiencia, merecían ser preservados o era demasiado riesgoso cambiar.³⁴

33 «Governo explora economia frágil, diz Lula», en *FSP*, 12 de octubre de 2002.

34 «Lula, "um projeto de nação"», en *FSP*, 5 de octubre de 2002.

CONCLUSIÓN

Este artículo ha explorado cómo tres actores clave en el proceso electoral —el candidato del PT, Lula Da Silva, el expresidente Cardoso y el candidato del PSDB, Serra— iteraron el cambio en sus discursos políticos. Los candidatos buscaban fijar el significado del cambio de una manera que favoreciera sus estrategias electorales. En este sentido, cada uno trazó una y otra vez las líneas de división política que definieron la lucha electoral y el juego de diferencias que dieron al cambio sus distintos significados.

La relación ambigua entre el continuismo y el cambio era quizá mejor expresada en el eslogan de Serra «*continuidade sem continuismo*». Como hemos visto, Serra cayó en un vacío de identificación entre los dos términos. Esto no lo hizo ni heredero de la visión de Cardoso ni portador del cambio. Pero la ambigüedad puede también traer recompensas políticas. La campaña de Lula se basó en el cambio, pero su llamamiento fue moderado por llamados a la preservación de las políticas que en el pasado el PT había asociado al modelo económico del «Otro» del cambio. Lula tuvo éxito donde Serra fue derrotado, fundamentalmente en su habilidad para articular dos significados aparentemente contradictorios del cambio, de forma que le permitió llegar a electores que tenían diferentes expectativas acerca de su gobierno.

Quizá una de las razones del éxito de Lula fue que la iteración de cambio en su discurso permitió al pueblo brasileño imaginar no solo un futuro mejor, ya simbólicamente presente en el significado mismo de su victoria, sino también una reinstitución del pasado. Su triunfo permitió la emergencia de una nueva narrativa en la cual la historia de Brasil, en lugar de ser la reserva de una elite hegemónica como había sido tradicionalmente presentado en el discurso académico y político, podía ser reinterpretada como un proceso progresivo de democratización que incorporó luchas por la ampliación de la ciudadanía como fue simbolizado por la trayectoria política y personal de Lula.

Algunos de los nuevos amigos de Lula en la derecha y algunos de sus críticos en la izquierda probablemente estén de acuerdo en que si Serra fue derrotado representando «continuidade sem continuismo», Lula fue exitoso en representar cierta dosis de cambio con continuidad. En política, los dos términos coexisten en una mezcla de contradicciones, tensiones, esperanzas, temores, ilusiones y desilusiones. Ambos mantienen una relación inestable, y es difícil predecir cuál definirá la herencia del gobierno de Lula. Seguramente, los muy diferentes actores a los cuales Lula muy hábilmente convocó durante su campaña electoral desearán que el fiel de la balanza se incline para distintos lados.

Durante los primeros dos años de gobierno, la estrategia de Lula no ha estado libre de riesgos y reveses. Pero cambio y continuidad no pueden medirse solo en términos de política macroeconómica. Puede ocurrir que no haya mayores cambios en el modelo económico bajo la presidencia de Lula, pero si el contexto político en el cual tiene que operar el nuevo presidente es tomado en cuenta, su ascenso a la presidencia representa en sí mismo un cambio significativo. A diferencia de Serra, Lula tuvo una historia interesante que contar al pueblo brasileño: una historia de esperanza simbolizada por su propia vida como migrante interno, trabajador, líder sindical, y como el candidato presidencial que derrotó al *establishment* político. Por lo demás, la historia está aún abierta y su final es aún incierto.

(Traducción de María Noel Reyes y Virginia Rodríguez, revisada por el autor)

BIBLIOGRAFÍA

- ABRANCHES, S. H. (1993): «Strangers in a common land: executive/legislative relations in Brazil», en S. MARKS (ed.), *Political constraints on Brazil's economic growth*, New Brunswick/Londres, Transaction Publishers, pp. 105-129.
- ARDITI, B. (2003): «Talkin' 'bout a revolution: the end of mourning», en *Parallax*, n.º 9 (2), pp. 91-95.
- BOWMAN, G. (en prensa): «Constitutive violence and the nationalist imaginary: the making of 'The People' in 'Palestine' and 'Former Yugoslavia'», en F. PANIZZA (ed.), *Populism and the mirror of democracy*, Londres, Verso.
- DERRIDA, J. (1988): «Signature event context», en J. DERRIDA (ed.), *Limited Inc.*, Evanston, Northwestern University Press, pp. 1-23.
- LACLAU, E. (1990): *New reflections on the revolution of our time*, Londres, Verso.
- MANGABEIRA UNGER, R. (1990): *A alternativa transformadora. Como democratizar o Brasil*, Río de Janeiro, Guanabara Koogan.
- NYLEN, W. R. (2000): «The making of a loyal opposition: The Workers' Party (PT) and the consolidation of democracy in Brazil», en P. R. KINGSTONE y T. J. POWER (eds.), *Democratic Brazil. Actors, institutions and processes*, Pittsburgh, PA., University of Pittsburgh Press, pp. 126-143.
- PANIZZA, F. (2000a): «Neopopulism and its limits in Collor's Brazil», en *Bulletin of Latin American Research*, n.º 19, pp. 177-192.
- (2000b): «Is Brazil becoming a "boring" country?», en *Bulletin of Latin American Research*, n.º 19, pp. 501-525.
- ROETT, R. (1984): *Brazil: Politics in a Patrimonial Society*, Nueva York, Preager.
- STOKES, S. (1999): «What do policy switches tell us about democracy?», en A. PRZEWORSKI, S. STOKES y B. MANIN (eds.), *Democracy, accountability and representation*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 98-130.
- TORFING, J. (1999): *New theories of discourse. Laclau, Mouffe and Zizek*, Oxford, Blackwell Publishers.

Resumen

El triunfo de Luis Inácio *Lula* Da Silva en las elecciones presidenciales de Brasil del año 2002 fue construido según los términos de la promesa de un cambio radical y en oposición a los defensores del statu quo. Este artículo argumenta que, de hecho, la apuesta en las elecciones fue un sutil juego político, una contienda sobre los propósitos y los límites del cambio en sí mismo. Examina cómo diversos actores —*Lula* da Silva, el expresidente Fernando Henrique Cardoso y el candidato presidencial por el PSDB, José Serra— invocaron e iteraron un discurso de cambio para definir y redefinir las líneas políticas divisorias que caracterizaron la disputa electoral y pretendieron precisar y acotar las distinciones entre sus posiciones políticas.

Palabras clave: Brasil, campaña electoral, discurso político, elecciones 2002, historia política, Luiz Inácio *Lula* da Silva, José Serra, Fernando Henrique Cardoso.

Abstract

Luiz Inácio *Lula* da Silva's triumph in Brazil's 2002 presidential election was construed in terms of a promise of radical change, and so against the holders of the status quo. This article argues that in fact a more subtle political game was a stake in the election, a contest over the meaning and limits of change itself. The article examines how the various players —*Lula* da Silva, outgoing president Fernando Henrique Cardoso and the PSDB's presidential candidate José Serra— invoked and iterated a discourse of change to define and redefine the political dividing lines that marked out the electoral dispute and attempted to set or fix the distinctions between their political positions.

Key words: Brazil, electoral campaign, political discourse, elections 2002, political history, Luiz Inácio *Lula* da Silva, José Serra, Fernando Henrique Cardoso.

Resumo

El triunfo de Luis Inácio *Lula* Da Silva en las elecciones presidenciales de Brasil del año 2002 fue construido según los términos de la promesa de un cambio radical y en oposición a los defensores del statu quo. Este artículo argumenta que, de hecho, la apuesta en las elecciones fue un sutil juego político, una contienda sobre los propósitos y los límites del cambio en sí mismo. Examina cómo diversos actores —*Lula* da Silva, el expresidente Fernando Henrique Cardoso y el candidato presidencial por el PSDB, José Serra— invocaron e iteraron un discurso de cambio para definir y redefinir las líneas políticas divisorias que caracterizaron la disputa electoral y pretendieron precisar y acotar las distinciones entre sus posiciones políticas.

Palavras-chave: Brasil, campanha eleitoral, discurso político, eleições 2002, história política, Luiz Inácio *Lula* da Silva, José Serra, Fernando Henrique Cardoso.

Copyright of Cuadernos del CLAEH is the property of Centro Latinoamericano de Economía Humana (CLAEH) and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.